

el año mismo de la muerte de Lope: las probabilidades de originalidad están á favor de *Alarcon*. El introdujo otra grande novedad para su época, modificando el personaje del criado cómico ó gracioso, quitándole el carácter filosófico-bufon con que de ordinario se le representaba, y reduciéndole á ser un sirviente de confianza. Como en las obras de *Alarcon* entraba la filosofía por base, no habia necesidad de ponerla en boca de un personaje inferior; como el gusto de *Alarcon* era mas escrupuloso que el de sus compañeros de arte, le repugnaba una figura que ofendia repetidas veces la ley del buen gusto; como *Alarcon*, en fin, buscaba la verdad en sus obras, y el gracioso, tal como solia introducirse, no era personaje verdadero, sino convencional, quería nuestro autor en las tablas como venia á ser en el mundo. Esto lo habian conocido ya y dicho varios dramaturgos; *Alarcon* lo dijo y lo puso en práctica. La brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar á veces los actos, acaban de diferenciar completamente las obras de *Alarcon* de las de todos nuestros dramáticos contemporáneos suyos.

Ahora bien: aunque es loable empeño en un poeta cómico pretender enmendar las costumbres; aunque es preciosa prenda la originalidad en el poeta cómico; no obstante, ni la una ni la otra cualidad, ni ambas juntas, forman cabal un autor dramático bueno. Por la simple enumeracion de los asuntos en que se ocupó *Don Juan Ruiz de Alarcon*, se ha visto que era filósofo; falta saber si sus obras, inspiradas por la filosofía, cumplan con las condiciones del arte; si morales en su fin y originales en sus medios; contengan caracteres bien ideados y desenvueltos; si estaban diestramente trazadas y bien escritas; si caminaban á su fin con oportunos medios, con movimiento é interes hábilmente graduados; si son, en fin, buenas comedias. Justo es confesar desde luego que el título de alguna promete mas de lo que la obra cumple, como sucede en *La culpa busca la pena* y en *No hay mal que por bien no venga*; en otras el pensamiento filosófico se desarrolla en

una fábula sobrado novelesca y recargada de incidentes, en medio de los cuales desaparece aquel pensamiento, como sucede en la de *Ganar amigos*, que sin embargo es bellísima. De cualquier modo que sea, tiene *Alarcon* dos comedias de carácter, que son: *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*; tiene otras cuatro de pensamiento filosófico más ó ménos grave, que son: *Los favores del mundo*, *La prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse* y *Todo es ventura*; seis producciones que, tomando en cuenta la época en que fueron escritas, y aun sin tomarla con respecto á las dos primeras, colocan á *Don Juan Ruiz de Alarcon* en tan elevado puesto como el que ocupa el mayor ingenio cómico. Las lecciones morales que se propuso Molière en *El misántropo*, en *El avaro* y en *El hipócrita*, no las dió con tan acertado tino como el que tuvo *Alarcon* en su *Maldiciente* y su *Mentiroso*. El murmurador don Mendo y el embustero don García se hacen odiosos, ridículos é infelices por efecto del vicio á que se abandonan; el misántropo de Molière no puede ser odioso ni aun ridículo, porque siendo hombre de virtud y valor, queda siempre bien puesto en el concepto de los espectadores, y la mayor dicha que puede acontecerle es que le desaire una mujer voluble. El Avaro no recibe por su avaricia mas castigo que un susto, de que sale bien pronto. El Hipócrita, conocida ya su hipocresía de todos, arrostra con descaro las miradas de sus víctimas, y si pierde el fruto de sus viles artimañas, no es por haber sido hipócrita durante algun tiempo, sino por haber sido antes un malvado famoso, cuyos crímenes habian llegado á noticia del rey de Francia. Además, avarientos, misántropos y embelecadores tan exagerados como los de Molière, pocas veces, por fortuna, se ven; maldicientes y mentirosos como los de *Alarcon* los ha habido y habrá mientras no muere su sér en otro la flaca naturaleza del hombre: son pues mas verdaderos los tipos del poeta español, y es mas aplicable, y por ello mas útil, la censura del vicio.

Esto en cuanto á los caracteres; en cuanto á la manera de manejarlos, en cuanto al mérito artístico del cuadro respec-

tivo en que figuran, no debiendo aquí hacerse análisis de cada pieza (por no repetir lo que al fin del tomo hallará el lector), creo que bastará referir la opinion que de algunas han formado jueces irrecusables. Corneille, que tradujo en parte, y en parte imitó, *La verdad sospechosa*, solia decir que daría dos de sus mejores composiciones por haber inventado el original, que era lo que mas le agradaba de cuanto habia leído en nuestro idioma. Molière confesaba que *La verdad sospechosa*, imitada por Corneille, era la obra donde habia conocido la verdadera comedia. Voltaire principia el prólogo que puso al *Menteur* de Corneille, diciendo que los franceses nos deben la primera comedia, lo mismo que la primera tragedia, que ilustró á la Francia. Monsieur de Puibusque llama inapreciable tesoro á lo que halló Corneille en la obra de nuestro americano. El señor Adolfo Federico de Schack, á quien debe Alemania dos volúmenes de piezas del teatro español traducidas, y despues una apreciable historia de nuestra literatura dramática, sostiene, despues de hacer grandes elogios de *Alarcon*, que no tiene comedia que no se distinga con ventaja. El autor de *Edipo*, el de la oda á la beneficencia, el Curioso Parlante y el cantor de Guzman el Bueno han dicho de *Alarcon* lo que verá el lector á continuación de este discurso, y me exime de entrar ahora en pormenores prolijos. Los caracteres ya citados del maldiciente y el mentiroso, el del cortesano y benévolo don Juan de Mendoza, en quien tal vez se retrató *Alarcon* á sí propio, con su nombre, apellido y fealdad; la doña Inés en *El exámen de maridos*; el Tejedor de Segovia; los protagonistas de *Ganar amigos*, *Los favores del mundo* y *El dueño de las estrellas*; algunas de sus damas, como la Leonor de *Mudarse por mejorarse*; alguna criada como la Celia de *Las paredes oyen*; muchos criados, como el Tello de *Todo es ventura*, que es realmente el héroe; aquel don Domingo de Don Blas, por cuyo bienhechor egoismo se podría dar toda la virtud humanitaria de muchos: estos y otros personajes de *Alarcon* tienen en sus comedias fisonomía propia, varia y bella; ni se parecen en-

tre sí, ni pueden equivocarse con figuras creadas por otros autores. Feliz en la pintura de los caracteres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caracteres heróicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sobrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en la ternura respecto á los papeles de mujer, á Montero en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandeza y habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin excepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el tino para manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificacion, en la correccion del lenguaje.

Principiaba ya este á viciarse cuando escribia nuestro *Alarcon*: algo le tocó del contagio, como era inevitable componiendo para el teatro, donde, si se ha de agradar, forzoso es acomodarse en cierto modo á los usos ó abusos corrientes; pero era sobrado firme *Alarcon*, era su juicio muy sólido para sacrificar del todo su fé literaria al mal gusto que iba cundiendo. Quien tenia valor para estampar en el prólogo de la primera parte de su *Teatro*, dirigiéndose al vulgo: "Allá van esas comedias. . . si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas," no podia correr la suerte de Jáuregui, tan puro en su traduccion de *Aminta*, y tan gongorino despues en su *Orfeo*. Dijérase que *Alarcon*, diariamente alimentado con la sana y sabrosa lectura de nuestros poetas del siglo XVI, no acertaba por fortuna suya, sino rara vez, á remedar la vana afectacion de los cultos: ¡ojalá que nada se le hubiese pegado!

Ahora bien, este autor filósofo, original, correcto, buen dramático, ¿qué estima, qué concepto mereció á su siglo? Vimos ya que Montalban hizo de él honorífica mencion en su *Para todos*; Nicolás Antonio le pone en muy alto predicamento en su *Biblioteca*; Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* le consagró unos versos encomiásticos, cuyo último pensamiento es muy comprensible; pero el propio Montalban, el mismo Lope, y con ellos Quevedo, Góngora, Tirso de Molina, Mira de

Améscua y otra porcion de autores buenos y malos, hicieron al infeliz *Alarcon* blanco de una sátira, que á primera vista parece la mas encarnizada y absurda que pudo imaginarse. Consérvase una letrilla de Quevedo ó Góngora contra *Alarcon*; se conservan trece décimas de los autores antes indicados, entre quienes vuelve Quevedo á contarse; consérvase además algun epigrama suelto y una porcion de seguidillas, todo encaminado á poner á *Don Juan de Alarcon* en ridículo. Allí se le aplican los apodos de camello enano, cohombro, monaza vieja, galápago, poeta zambo, poeta entre dos platos, coco, tilde, esquilon de ermita, costal de huesos, nadador con calabazas, cara de buho, cuerpo de rana y pasatiempo de todos; allí además le llaman corneja y ave de rapiña; allí se le dice que no ha escrito en su vida cosa buena, y que *Las paredes oyen* y *Mudarse por mejorarse* se han de llamar comedias de *Alarcon* para su descrédito. No hay que indignarse: por fortuna se halla en las seguidillas una expresion que aclara el misterio; dícese en una de ellas que *Alarcon* "tiene por amigos hombres de cordelejo"; se dice así mismo en una décima que "se le esperaba y habia faltado"; de lo cual y de otros indicios se infiere que todo era una especie de burla ó vejámen de los que se usaban en las academias ó certámenes literarios, tan frecuentes á la sazón en España. Celebráronse en Madrid unas fiestas de toros y cañas, cuya memoria quiso perpetuar el duque de Cea en un poema descriptivo: encargó á nuestro poeta la descripcion; y él, que probablemente escribia despacio, porque sus obras no son muchas, y revelan todas meditacion y detenimiento, recurrió para que le ayudaran á sus amigos don Antonio Mira de Améscua, Luis de Belmonte, Anastasio Pantaleon, y cierto don Diego, que no se sabe si seria Muget, Figueroa ó cual, porque no consta el apellido. Salió, como aseguran los autores, de las décimas y era de esperar, muy malo el poema de los cinco (*); y en estas circunstancias hubo de haber una academia,

(*) Fueron (á lo que yo he podido entender) las que se hicieron

tertulia ó reunion literaria notable en Madrid, á la cual, debiendo concurrir, no asistiria *Alarcon*: falta que presumo fué castigada con las trece décimas, la letrilla y las seguidillas epigramáticas; ó con las décimas por lo menos, que en efecto parecen hechas de repente y en comunidad; todas son desaliñadas, muchas pecan de oscuras, y una de ellas consta de once versos: distraido estaria el señor doctor que la compuso. En las obras de Pantaleon se halla un vejámen dado en una academia, en el cual, despues de haber hecho espantosas caricaturas de los que entraron en el concurso, tildando á uno de ellos de puercó y á otro de vicioso, termina la sátira advirtiendo que todo ha de entenderse como dicho de burlas: una burla de estas debió ser la que se le hizo á *Don Juan Ruiz de Alarcon* en las coplas de los trece; burla en la cual se cargaria mas la mano, por ir dirigida á un hombre á quien no se apreciaba mucho como poeta, y que por sus imperfecciones físicas estaria acostumbrado á oír neceidades, así como por su carácter á despreciarlas. Autorizan la última conjetura los siguientes versos de *Las paredes oyen*, en que se manifiestan las razones que impiden al hombre de miramiento contestar á una injuria con otra:

¿Satirizas?—No conviene;
Que esto solo puede hacer
Quien no tiene qué perder,
O que le digan no tiene;
Pero yo, ¿cómo querias
Que predique sin ser santo?

en obsequio del príncipe de Gáles á 21 de Agosto de 1623, segun refiere Leon Pinelo en su historia manuscrita de Madrid. «A estas fiestas (dice) sacó á luz sesenta y siete octavas el licenciado *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza* como de su grande ingenio.»—Si en una obra de sesenta y siete octavas trabajaron cinco escritores, no podian tocarle muchas á uno; por eso dice Lope con sobrada razon en su décima, «que es tambien cosa cruel echarle la culpa á él de lo que la tienen tantos.» A pesar de todo, Pinelo, como se ve, alaba el poema. Yo no he podido haberle á las manos.

¿Qué faltas diré, si hay tanto
Que remediar en las mias?

Alarcon, por lo que dan á entender estos versos, debia ser de carácter pacífico, lo cual bastaba para que se le atreviesen; debia vivir retirado, y sobraba con esto para que se le juzgara con rigor: á quien no se ve, mal se conoce; todas las injusticias que se hacen los hombres, al juzgarse en el trato civil, nacen por lo comun de no conocerse.

Verdaderamente los contemporáneos de *Alarcon* no podian tasar bien el mérito especial de aquel hombre. Sus comedias debian producir poco efecto en el público, porque sus bellezas no eran muy perceptibles para él, y sus defectos (de los cuales ya es razon decir algo) no eran de los que entónces fácilmente se perdonaban. Era *Alarcon* escritor único en su género, y así sus obras habian de tener algo de aquella extrañeza que apuntó Montalban, la cual amortiguaria el brillo de las bellezas, poniendo de realce las faltas. Ya hemos visto que los argumentos de sus fábulas eran graves por lo comun: primer inconveniente para que una obra guste á gentes que lo primero que buscan en el teatro es divertirse. Sus graciosos no eran bufones: otro inconveniente gravísimo para aquel tiempo; sus enamorados eran poco discretadores y no muy pendencieros, por lo cual parecerian frios; sus damas (y esta sí que era realmente falta crecida) pecaban tal vez de egoistas y prosáicas, por lo cual en varias comedias de *Alarcon* flaquea tambien el interes. Introducia mucha accion en sus dramas, la llevaba con rapidez, variaba á cada paso el lugar de la accion, y de ello resultaba que el espectador no le tomaba gusto. La repugnante situacion de un hombre luchando con una señora, y el odioso carácter de la mujer que terciaba en daño del honor de otra, no son raros en las obras de nuestro poeta filósofo, poco filósofo en esta parte. Añádase á lo dicho una versificacion mas limpia que música, una locucion mas exacta que pintoresca; y dígase si no era preciso que un auditorio acostumbrado al tono enfático y campa-

nudo de muchos autores estimase poco las comedias de *Don Juan Alarcon*, por lo mismo que entendia sus pensamientos perfectamente. "Esto es trivial (exclamaria el descontentadizo mosquetero que tiranizaba el patio de la Cruz y del Príncipe); estos son conceptos de poeta de primera tonsura; no es esto lo que merece los bravos y palmadas de un auditorio culto."

Hoy no es así: para nosotros todo el teatro antiguo español desde Lope acá ofrece un viso, un tinte, un colorido de antigüedad casi uniforme: objetos distantes entre sí, vistos de léjos aparecen en un mismo plano. La posteridad ha empezado á resarcir, á premiar á *Alarcon*; la extrañeza que le perjudicó para su siglo, no lo es para el nuestro; ántes cabalmente de todos nuestros antiguos dramáticos, *Alarcon* es el que mas se avecina á la comedia moderna; por *Alarcon* es en mi concepto por donde se ha de principiar el estudio del antiguo teatro español. Nos desagradará en él en primer lugar todo aquello que es efecto del gusto viciado ó poco escrupuloso de la época; pero en ningun otro autor se encontrará menos prominente ese vicio, menos grave esa falta de escrúpulo. Formábanse nuestros antiguos dramáticos una cronología, una civilizacion y una geografía imaginarias para escribir sus dramas históricos, y gustaban de colocar la accion en países remotos. *Alarcon* muy pocas veces eligió argumentos fuera ó léjos de España, y en los asuntos españoles que pertenecen á las edades medias no cometió tantos ni tan absurdos anacronismos como otros: *Alarcon*, conocedor de sí mismo y conducido por un instinto de buen gusto excelente, se empleaba en lo que mejor entendia, y vislumbraba á lo menos lo que debia hacerse. Españoles son los griegos que pinta en su *Amistad castigada* y en *El dueño de las estrellas*; coetáneos suyos son los personajes de *No hay mal que por bien no venga* y *La crueldad por el honor*, que pertenecen á los siglos IX y XI; pero en *La prueba de las promesas* y *La cueva de Salamanca*, todo ó la mayor parte es bastante sincrónico. Nos desagradará tambien la liviandad no escarmentada de alguno de sus personajes de segundo orden, y alguna, aunque muy ra-